CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

28



El Peronismo

■ Marisa González y Enrique Ibáñez

Historia 16

295 ptas



INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9.
Depósito legal: M-27.899-1993.

CUADERNOS DEL

MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

Universidad Complutense
UNED

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

7
El golpe de Estado de 1943 y el ascenso de Perón

10
La edad de oro del peronismo

12
La política exterior. La Tercera Posición

15
La crisis económica

18
La caída de Perón

20
Dieciocho años de espera

23
Perón y la reconciliación nacional

24
Divisiones internas

26
Fragilidad de las bases

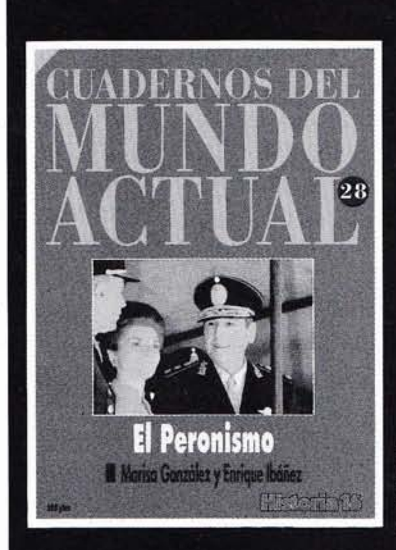
28
Caos y violencia política: de Isabel al «proceso»

30
Carlos Menem y el «peronismo neoliberal»

31
Bibliografía

El peronismo

Marisa González y Enrique Ibáñez



El matrimonio Perón a su regreso a Buenos Aires en el año 1973



Venta ambulante de banderas peronistas en la campaña electoral de julio de 1989 en que venció Menem

El Peronismo

Por Marisa González y Enrique Ibáñez
Historiadores

Pocos fenómenos políticos han tenido tanta resonancia internacional y un impacto tan profundo en la vida de una comunidad nacional como el peronismo. Surgido en los años cuarenta, en el momento más álgido de la crisis ideológica mundial, se situó desde el principio en el centro de una acerba polémica. Su posición nacionalista y antiimperialista, que dotaba al país de una nueva identidad, le granjeó la enemistad de Estados Unidos, que tildaron a Perón de *fascista* y le convirtieron en la *bestia negra* de su política latinoamericana. Las reformas sociales y el programa de desarrollo industrial que acometió Perón durante su primer gobierno cambiaron por completo la faz del país, generando nuevas identidades sociales que marcaron a partir de entonces el ritmo de la moderna historia argentina.

Desde su aparición en 1943, el peronismo se constituyó en referencia obligada de la vida política nacional. La proscripción, el exilio del que fuera su conductor y los intentos, siniestros en más de una ocasión, de conjurar el recuerdo y la memoria sirvieron de muy poco. Las divisiones internas y la descomposición del movimiento en la década de los setenta, el lastre de las dictaduras y la muerte del líder no consiguieron acabar con el peronismo. Fracturado y vencido en 1983, retornó una vez más al poder en 1989 bajo el liderazgo de Carlos Menem. Ni siquiera el nuevo presidente, tan lejos en el tiempo y acaso en el espíritu del peronismo original, ha podido sustraerse a las comparaciones y se ha visto obligado en más de una ocasión a justificar su proyecto a través de las palabras de Juan Domingo Perón. Poco o nada de la Argentina de hoy se puede entender, por tanto, haciendo abstracción de la trayectoria de un movimiento cuya asombrosa perdurabilidad sigue siendo todavía el mayor enigma de su historia política.

A mediados del siglo XIX la República Argentina se integró en el mercado internacional como una economía agroexportadora y entabló a partir de entonces una relación comercial privilegiada con Gran Bretaña. Los productos agropecuarios argentinos —cereales, lana, carne— contaron con una demanda relativamente alta y estable, y gracias a ello el país pudo experimentar una larguísima etapa de expansión económica con muy pocos paralelos en la historia. El resultado fue que en 1930, tras ochenta años de crecimiento orientado a las exportaciones, la argentina era una de las sociedades capitalistas periféricas más avanzadas del mundo, con unos indicadores de desarrollo casi

equiparables a los de Canadá o los de Australia.

La gran depresión de los años treinta provocó cambios de una enorme importancia en la estructura económica tradicional. Ante todo, la caída en los precios de las exportaciones redujo la capacidad del país para importar e impulsó el desarrollo de un amplio proceso de sustitución de importaciones. Muchos de los productos industriales que antes se compraban en el mercado inglés comenzaron a fabricarse en Argentina, y la rápida recuperación económica que siguió a la crisis se debió casi en exclusiva al espectacular crecimiento experimentado por la industria entre 1935 y 1939. El desarrollo manufacturero continuó, aunque a un ritmo más lento, a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, y en 1945 la industria aportaba ya una cuarta parte del PIB, más que la agricultura y la ganadería combinadas.

Al compás del desarrollo industrial aumentó la importancia y la influencia de los intereses empresariales vinculados a la manufactura; paralelamente, se produjo una migración rural-urbana a gran escala y un fuerte crecimiento de la fuerza de trabajo industrial. Sin embargo, estos profundos cambios en la estructura económica y social no tuvieron un correlato político. Por el contrario, el golpe de Estado de 1930, que depuso al Gobierno reformista del Partido Radical, inauguró un periodo de claro retroceso en la evolución política del país. La oligarquía terrateniente ensayó a lo largo de la década de los treinta —la *Década Infame*— un programa de *restauración* de su larga hegemonía sobre la sociedad argentina, empleando su renovado control del Estado para promover políticas destinadas a restablecer a cualquier costo las condiciones que habían hecho posible el éxito del estilo de desarrollo previo a la Gran Depresión. Para mantenerse en el poder y llevar adelante su proyecto, las clases dominantes recurrieron sistemáticamente al fraude electoral y aplicaron cuando fue necesario una represión desnuda contra los militantes obreros. La oligarquía no estaba dispuesta a hacer ninguna concesión a las nuevas fuerzas emergentes del proceso de industrialización: para ella, el crecimiento industrial era un simple expediente transitorio que debería cerrarse en cuanto la salida de la crisis y de la guerra mundial permitiera un pleno restablecimiento de los intercambios tradicionales.

El golpe de Estado de 1943 fue sólo el inicio de una partida que cambiaría el rumbo de la historia contemporánea argentina

El proyecto restaurador de la oligarquía amenazaba directamente a los intereses de la nueva clase obrera. Pero en la década de los treinta el movimiento obrero se encontraba muy debilitado y fue incapaz de organizar para la acción colectiva al ejército de trabajadores industriales. De este modo, los sindicatos, agrupados desde 1930 en la Confederación General de Trabajadores (CGT), se mantuvieron a la defensiva durante toda la década y desempeñaron un papel muy secundario en la lucha contra la hegemonía oligárquica. Por otro lado, el Partido Radical, principal exponente de la oposición política de la clase media, fue incapaz de superar la marginalidad a la que le habían condenado los repetidos fraudes electorales.

En estas condiciones, *los militares se convirtieron en el único actor capaz de encabezar la oposición al renovado dominio oligárquico*. A lo largo de la década habían ido confluyendo en el seno del ejército diversas corrientes de opinión contrarias al proyecto y a las prácticas políticas de la oligarquía terrateniente, que terminaron agrupándose en torno a *dos alternativas fundamentales*. La primera, defendida por el *sector liberal* del ejército, apostaba por sustituir la vinculación tradicional con Gran Bretaña por una política de *estrecha y completa cooperación* con Estados Unidos, que en los últimos años habían aumentado considerablemente sus inversiones en Argentina. Esta estrategia, que buscaba utilizar la financiación y la tecnología norteamericanas para sentar las bases de una nueva etapa de crecimiento, exigía en lo inmediato, en la coyuntura de la guerra, la ruptura de las relaciones con el Eje y el fin de la neutralidad argentina.

La segunda alternativa se articuló sobre una *ideología nacionalista* de clase media que había ido alcanzando una creciente influencia entre la baja y media oficialidad del ejército. En esencia, el nacionalismo económico de clase media aspiraba a que el país alcanzara un desarrollo independiente, pro-



El general Edelmiro Farrell y el coronel Perón en una fotografía de 1945 cuando el primero era presidente

fundizando, con el apoyo y la dirección del Estado, el crecimiento industrial basado en el mercado interno. En lo inmediato, exigía con firmeza el mantenimiento de la neutralidad del país en el conflicto bélico mundial. Cuando en 1943 los militares decidieron poner fin a la *restauración* oligárquica, los oficiales nacionalistas, entre los que pronto destacaría la figura de Juan Domingo Perón, se convirtieron en uno de los sectores más activos e influyentes del nuevo régimen. El golpe de Estado de 1943, sin embargo, fue sólo el inicio de una partida que cambiaría definitivamente el rumbo de la historia contemporánea argentina.

El golpe de Estado de 1943 y el ascenso de Perón

El pronunciamiento militar del 4 de junio de 1943 abrió un periodo de transición en el que se desarrolló un intenso juego de conflictos y alianzas entre las diversas tendencias del nuevo Gobierno y las fuerzas presentes en el escenario político nacional e internacional. Los golpistas justificaron su decisión por la negativa del Gobierno conservador del presidente Ramón S. Castillo a anular las elecciones convocadas para septiembre, que supondrían el virtual triunfo del candidato del partido en el Gobierno, Robustiano Patrón Costas, conocido aliadófilo y jerarca del azúcar. Su victoria en los comicios, asegurada por el fraude, tenía un significado distinto para cada uno de los sectores implicados en el golpe. Para un importante sector de la oficialidad argentina agrupado en el GOU (supuestamente, Grupo Obra de Unificación, al que pertenecía Perón), el triunfo de Patrón aseguraba el abandono de la neutralidad, considerada como la posición que mejor respondía al interés nacional. Para otros, como el general Arturo Rawson —efímero primer presidente del Gobierno militar, de tendencias aliadófilas y rupturistas—, el pronunciamiento estaba llamado a liquidar las prácticas fraudulentas que volverían a imponerse en las elecciones de septiembre y que entorpecían la vida cívica del país.

La heterogeneidad de los integrantes del movimiento pronto se hizo notar. El primer

incidente tuvo lugar en la Cancillería y se debió a un cruce de cartas entre el entonces ministro de Relaciones Exteriores, almirante Segundo R. Storni, moderadamente rupturista y partidario de Estados Unidos, y el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull. Al hacerse pública la misiva de Storni, ésta fue considerada como una claudicación del Gobierno argentino ante las presiones de los aliados. Acto seguido, el almirante Storni se vio obligado a renunciar y el sentimiento antinorteamericano se extendió con rapidez. Esta situación provocó a su vez un afianzamiento de las posturas nacionalistas en el Gabinete.

Las luchas internas se sucedieron en aquellos años y finalmente se saldaron en febrero de 1944 con la renuncia de Pedro P. Ramírez y el nombramiento del hasta entonces vicepresidente, el general Edelmiro Farrell, como presidente de la República. A comienzos de aquel año, el Gobierno argentino, incapaz de soportar por más tiempo las presiones, firmaba el decreto de ruptura de relaciones con Alemania y Japón. Esta decisión provocó una ola de descontento en las filas de las fuerzas armadas y sobre todo en el GOU. El general Farrell y el coronel Perón decidieron encabezar el descontento. En junio Perón era nombrado vicepresidente, consolidando aún más el poder y el prestigio que había comenzado a acumular desde que, pocos meses después del golpe militar, se hizo cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión, avanzadilla desde la que orquestó una política social muy favorable a los intereses de los trabajadores, haciendo cumplir las leyes obreras que ya existían pero que no se respetaban y creando otras nuevas, como la del *Estatuto del Peón Rural*, que rescataba a los trabajadores campesinos de una explotación secular. Se afianzaba así y a partir del Gabinete Farrell-Perón, la posición de los nacionalistas en el Gobierno. No obstante, estaba todavía lejos su triunfo definitivo.

Entre 1945 y 1949 el Gobierno peronista emprendió una profunda reforma económica y social que cambió el país

De esta forma, Perón canalizó las demandas de la clase obrera que se habían gestado al calor de la fractura del modelo de inserción internacional de Argentina. Contaba, por tanto, con el apoyo de amplios segmentos de los sectores populares y de una fracción de las fuerzas armadas, y con la simpatía de la corriente del nacionalismo popular, anclada en la intelectualidad. Sin embargo, sus contrincantes no eran en absoluto despreciables. Por un lado, Estados Unidos, que insatisfecho ante la ruptura de relaciones con el Eje, exigía de Argentina una postura más *solidaria* para con sus planes de defensa continental; por otro, la oposición política interna que, ante el anuncio de comicios generales, tomó la calle y desplegó una gran campaña antiperonista.

Ante la negativa del Gobierno a secundar sus directrices, Estados Unidos procedió al bloqueo comercial y a la congelación de las reservas de oro argentino, así como a la retirada de embajadores. Poco podía durar, dada la dureza de estas medidas, la resistencia de los militares argentinos. En 1945, el Gobierno de Farrell accedía a las exigencias de Washington, declaraba la guerra al Eje y firmaba el Acta de Chapultepec, lo que capacitaba al país para participar en la Conferencia de San Francisco, foro fundador de Naciones Unidas.

En cuanto a la oposición política, estuvo coordinada por el embajador de Estados Unidos, Spruille Braden, que había sido destinado a Buenos Aires con el cometido de cohesionar las fuerzas, hasta entonces dispersas, que se oponían a Perón. Tras su llegada, se sucedieron las marchas, las solicitudes y los manifiestos de un heterogéneo conglomerado de fuerzas, compuesto por lo más granado de la sociedad tradicional junto a socialistas y comunistas, que acabaron por agruparse en la Unión Democrática (UD). La euforia de aquellos días dio la falsa impresión de que Perón, que por entonces ya había anunciado su decisión de presentarse a las elecciones de 1946, no contaba con suficientes apoyos.

Esta percepción también animó a un sector del ejército, que consiguió alejarle del poder. El 9 de octubre de 1945, Perón renunciaba a todos sus cargos y era trasladado a la prisión de la isla de Martín García. Antes de su desplazamiento pidió permiso para dirigirse a los trabajadores. Este acto y la actividad desplegada por el coronel Mercante, presuntamente por su compañera

Juan Domingo Perón y Eva en los años en que Argentina era una fiesta. *En realidad Perón no se preocupó nunca de dotar a su partido de una organización sólida, prefiriendo siempre relacionarse con las bases*

Eva Duarte y por los gremios afines pusieron en movimiento a todo el proletariado del Gran Buenos Aires que, poco a poco, se fue concentrando en la plaza de Mayo. La presión popular consiguió finalmente la liberación de Perón, que el día 17 se dirigía desde el balcón de la Casa Rosada a las masas congregadas en el histórico ámbito.

Tras este triunfo, los sindicatos properonistas crearon el Partido Laborista y, junto a radicales disidentes y nacionalistas, presentaron la candidatura de Perón a las elecciones de febrero de 1946. En los últimos meses de 1945 el Gobierno reafirmaba, a través de medidas concretas, su política en favor de los trabajadores. Dado el ascendiente de Perón, de poco sirvió que unos días antes la prensa publicara el famoso *Libro Azul*, documento del Departamento de Estado norteamericano en el que se acusaba a los gobiernos argentinos y a Perón de connivencia con el derrotado Eje y que fue impulsado por el embajador Braden. Perón aprovechó esta situación para lanzar el eslogan que haría fortuna durante la campaña electoral: *Braden o Perón*. En los comicios del 24 de febrero de 1946 la fórmula Perón-Quijano obtuvo 1.478.500 votos frente al 1.212.300 de sus contrincantes de la Unión Democrática

La edad de oro del peronismo

Entre 1945 y 1949, el Gobierno peronista emprendió un profundo programa de reformas económicas y sociales que alteró radicalmente el curso de la historia argentina. Perón había llegado al Gobierno gracias al respaldo de los trabajadores y los grupos populares urbanos: ellos forzaron su liberación del 17 de octubre, y ellos hicieron posible con sus votos el triunfo electoral de febrero. Si quería consolidar su Gobierno necesitaba conservar ese apoyo, y para ello estaba obligado a mantener y ampliar en lo posible las políticas sociales que había emprendido en su etapa como subsecretario de Trabajo. Por otro lado, Perón estaba obligado a satisfacer a la opinión pública nacionalista que le había entregado su voto y a la que él mismo había contribuido tanto a inflamar durante la campaña electoral. Las ambiciosas políticas reformistas y nacionalistas de 1945-1949, por tanto, fueron en gran medida el resultado inevitable de la necesidad de consolidar la base social del nuevo poder y de los compromisos ideológicos que había asumido Perón en los años previos.

Por otro lado, sin embargo, existía una serie de factores objetivos, derivados de la evolución económica del país y de los cambios producidos en el entorno internacional, que tendían también a impulsar al nuevo Gobierno en la misma dirección. En primer lugar, Estados Unidos inició al término de la guerra una política comercial muy agresiva en toda América Latina, que provocó una brusca caída de las exportaciones industriales argentinas hacia los países vecinos. De este modo, la naciente industria, privada de

Juan Domingo Perón



Buenos Aires, 8 de octubre de 1895, 1 de julio de 1974. Cursó estudios en la Escuela de Suboficiales y en la Escuela Superior de Guerra. En 1929 contrajo matrimonio con Aurelia Tizón, que falleció en 1938. Ocupó distintos cargos en la Escuela de Guerra, y en 1939 fue designado para una misión en Italia. En octubre de 1943 fue nombrado titular del Departamento Nacional del Trabajo, luego Secretaría de Trabajo y Previsión. En enero de 1944 conoció a Eva Duarte, con la que contrajo matrimonio el 22 de octubre. Nombrado vicepresidente en el Gobierno de Farrell, fue depuesto, encarcelado y liberado el 17 de octubre de 1945 tras una impresionante manifestación popular en su apoyo. Ganó las elecciones presidenciales de febrero de 1946 y noviembre de 1951. Tras dos presidencias consecutivas, fue derrocado en 1955 por un golpe militar. Su exilio le llevó a Paraguay y a la República Dominicana y, finalmente, a Madrid, donde contrajo matrimonio con su tercera esposa, Isabel Martínez. Volvió a Argentina en 1973, y el 12 de octubre asumió su tercera presidencia. Murió en Buenos Aires el 1 de julio de 1974.

Dos postulados básicos

La revolución del 4 de junio ha tenido dos postulados básicos fundamentales que tracé yo mismo, con mi propia mano, el día 3 de junio, a las 10 de la noche. (...). Estos postulados deben ser como la estrella polar para el pueblo argentino: la unión de todos; unión es lo único que hace grandes a los pueblos. Es decir la unidad nacional; para que, cuando sea necesario sufrir, suframos todos, y cuando sea necesario gozar, gocemos también todos.

El segundo postulado: el de la justicia social; contenido profundamente humano, sin el cual nuestra Revolución habría pasado a ser un cuartelazo más, intrascendente y estéril.

(...) Esta unidad ha de traducirse, en primer término, en unidad social y en unidad gremial, que son verdaderos fundamentos de unidad de las masas. La posteridad dirá de nosotros si hemos estado equivocados. Pero de lo que hay que cuidar en el país no es el bien de unos pocos, sino el mal de los muchos. (Juan Domingo Perón, 10 de agosto de 1944.)

sus mercados externos por la competencia del poderoso vecino del norte, estaba condenada a sufrir una profunda recesión si el Gobierno no protegía y ampliaba el mercado interno. Por otro lado, parecía indiscutible que cualquier política de fomento industrial debía concentrarse inicialmente en la industria ligera (textiles, alimentación), destinada al consumo de masas, que se adaptaba mejor a una situación de relativa escasez de capital y abundancia de mano de obra. Así las cosas, es fácil ver que la fuerte redistribución del ingreso que llevó a cabo el peronismo resultaba perfectamente funcional para una estrategia de desarrollo industrial en las condiciones prevalentes en la Argentina de 1945. Las medidas nacionalistas y proteccionistas y las profundas reformas sociales que se aplicaron en los años de la *edad de oro* peronista tuvieron por lo tanto una clara racionalidad económica de fondo.

Perón contó inicialmente con una coyuntura económica muy favorable para el desarrollo de su programa. Su Gobierno heredó unas arcas públicas repletas con las divisas acumuladas a lo largo de varios años de grandes superávits en la balanza comercial. Se benefició además del fuerte aumento que experimentaron los ingresos por exportaciones a partir de 1945, a raíz del restablecimiento de los circuitos comerciales y al incremento de la demanda derivado del esfuerzo de reconstrucción de las economías europeas devastadas por la guerra. Aunque entre 1945 y 1948 el volumen de las exportaciones argentinas se mantuvo constante, su valor se duplicó con creces.

Era el esperado *boom* de la posguerra, que dio paso a un clima de euforia económica. Para sacar partido del auge de las exportaciones, el Gobierno peronista creó un sistema de monopolio estatal del comercio del grano y la carne que penalizaba a los terratenientes, privándoles de una gran parte de su excedente. A través del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio), el Estado compraba la producción agropecuaria a costos fijos y la vendía a precios más altos en el mercado internacional, obteniendo de ese modo grandes ganancias que se destinaban a financiar el desarrollo de la industria nacional y la política social del régimen.

Los resultados económicos iniciales fueron ciertamente espectaculares. En sólo cuatro años, entre 1945 y 1949, el PIB creció en cerca de un 30 por 100 y el producto industrial lo hizo en una proporción muy semejante. Fue una época de pleno empleo, en la que los salarios de los trabajadores experimentaron un aumento sin precedentes de cerca de un 40 por 100. La bonanza económica permitió también que el Gobierno dispusiera de recursos para emprender una política de expansión del sector público y nacionalizaciones que le granjeó una enorme popularidad. Durante el primer mandato de Perón, el Banco Central, los ferrocarriles de propiedad británica y gran parte de los servicios públicos pasaron a engrosar el patrimonio del Estado. Finalmente, entre esos años se construyeron los fundamentos de un Estado de bienestar en Argentina. La segunda esposa de Perón, Eva Duarte, emprendió personalmente las acciones más llamativas en el campo de la política asistencial y educativa. La popular *Evita* impulsó, valiéndose del crédito ilimitado de que dis-

puso su *Fundación Eva Perón,* la espectacular extensión de la asistencia sanitaria y la ampliación del sistema educativo, que quedarían como las herencias más brillantes del Gobierno peronista.

En aquellos años de bonanza, cuando *la Argentina era una fiesta,* Juan Domingo Perón llegó a disponer de una influencia sobre la sociedad incomparablemente mayor de la que haya tenido jamás cualquier otro líder político en la historia del país. Amparado por un impresionante nivel de legitimidad de origen social, emprendió un proceso de concentración del poder y creó un régimen fuertemente personalista, con rasgos marcadamente corporativistas y autoritarios. Eliminó al Partido Laborista, que después de haber presentado la candidatura de Perón en las elecciones de 1946 se empeñó en mantener su independencia frente al líder, y creó una nueva organización política que terminaría adoptando en diciembre de 1947 el nombre de Partido Peronista. El mismo nombre del partido ilustra ya suficientemente sobre el papel que desempeñaba en él el liderazgo personal del caudillo. En realidad; Perón no se preocupó nunca por dotar a su partido de una organización sólida, y prefirió en cambio establecer una vinculación personal con las bases. La relación directa entre *el Líder y las masas* se expresaba y reforzaba en las grandes concentraciones populares del 17 de octubre y la Fiesta del Trabajo del 1 de mayo, que adquirieron pronto un carácter ritual. En aquellos actos el *Líder* desplegaba su oratoria llana y directa ante las multitudes de trabajadores que se congregaban para expresarle su apoyo y agradecimiento.

El Líder *desplegaba su oratoria llana y directa ante las multitudes de trabajadores que se congregaban para expresarle su apoyo*

Sin duda, el liderazgo de Eva Perón fue al menos tan decisivo como el del propio presidente para fundamentar la legitimidad del régimen. Pese a que oficialmente ella nunca tuvo una responsabilidad política, *Evita,* la *Abanderada de los humildes,* fue el nexo informal y cotidiano entre los seguidores y el *Líder,* y desplegó una actividad incansable que contribuyó en mucho al fomento de la lealtad de las masas populares hacia Perón. Tal vez más importante, *Evita* se convirtió en el símbolo de la revolución de la *Nueva Argentina* peronista: de origen humilde ella misma, ejemplificaba la unión entre el *Líder* y el pueblo y era la imagen viva del ascenso social de los *descamisados.*

En marzo de 1949, cuando se hallaba en el cenit de su poder, Perón hizo aprobar una reforma constitucional que introdujo cambios de gran importancia en el texto vigente desde 1853. Los principios fundamentales de la nueva Constitución incorporaron elementos típicamente peronistas, prescribiendo entre otras la *justicia social* como base de la política económica y la defensa del *ser nacional* como tarea esencial del Estado, e introduciendo los Derechos del Trabajador, de la Familia, de la Ancianidad y de la Educación y la Cultura. El punto más controvertido, sin embargo, fue el que permitía la reelección del presidente por un número ilimitado de términos de seis años. Dado el enorme poder de convocatoria de que disponía por entonces Perón entre los sectores populares, la cláusula de la reelegibilidad parecía abrir la perspectiva de un larguísimo gobierno personal.

La política exterior. La Tercera Posición

Uno de los objetivos prioritarios de la primera presidencia peronista fue la rehabilitación internacional del país y la creación de una identidad nacional que permitiese la inserción de Argentina en el mundo, de acuerdo con los presupuestos de la *Tercera Posición,* la doctrina peronista en materia de política exterior. Esta forma de entender la proyección de Argentina era producto de las consecuencias políticas que ya se vislumbraban al término de la Segunda Guerra Mundial y que progresivamente se materializarían en la política de bloques que enfrentaba a Estados Unidos y a la Unión Soviética.

Dentro de este marco, la llamada *Tercera Posición* peronista pretendía ser una alternativa al alineamiento que las grandes potencias exigían a los países dependientes y periféricos y suponía, asimismo, una estrategia de acción según la cual una mayor diversificación de las relaciones internacionales de los países débiles contribuiría a au-

Del 7 al 24 de junio de 1947, Eva Duarte se paseó por toda la geografía española. Dos imágenes de su visita

mentar sus márgenes exteriores de maniobra.

En palabras del propio Perón, el *Justicialismo* pretendía ser *una tercera posición ideológica tendente a liberarnos del capitalismo sin caer en las garras opresoras del colectivismo.* De tal forma, la *Tercera Posición* abogaba por un sistema dotado de un orden económico más humanizado, en donde el capital, la propiedad y la riqueza fueran bienes individuales con una función social; en el que el orden político mundial estuviese sustentado en la soberanía nacional *puesta al servicio de la humanidad en un sistema cooperativo de Gobierno mundial;* por último, la *Tercera Posición* debía inspirar un orden social oscilante, *entre el individualismo y el colectivismo.*

Si éste era el nuevo sistema al que aspiraba la doctrina de la *Tercera Posición,* sus pautas en política exterior tendían a: 1) impulsar la construcción de una unidad continental en América Latina; 2) evitar enfrentamientos frontales con Estados Unidos y aplicar con las grandes potencias tácticas de negociación propias, teniendo presente la posibilidad de una tercera guerra mundial; 3) mantener buenas relaciones con la Unión Soviética; 4) optar por la abstención en los foros internacionales; 5) fomentar las relaciones con todos los países, salvo con la República Popular China, y mantener la vinculación especial con España y 6) difundir la doctrina justicialista como alternativa a la polarización internacional.

Respecto al primero de los puntos señalados, los numerosos convenios firmados durante el primer año de gestión peronista refuerzan la convicción de que la unidad latinoamericana era uno de los objetivos del Gobierno argentino. Se firmaron convenios con los países limítrofes —Bolivia, Uruguay y Chile— y con otras naciones latinoamericanas. A juicio de Perón la paz era una tarea que correspondía a los países latinoamericanos. La única forma de alcanzarla era asegurando la estabilidad interna, que sólo podría ser realidad si se aplicaban los principios de la justicia social. Su propuesta de unidad rivalizaba con el panamericanismo agresivo de Estados Unidos y pretendía ser una alternativa, respetuosa de las soberanías nacionales, a la unión continental liderada por el país del norte. Así, durante su primera presidencia intentó utilizar sus relaciones preferenciales con la España de Franco (despojada en su discurso de toda connotación política) para oponer al ideal panamericano otro basado en la Hispanidad. El viaje de Eva Perón a Europa y su visita a Madrid podrían estar dentro de este propósito. Cuando las relaciones con España se deterioraron, a comienzos de 1949, Perón comenzó a utilizar otra figura, la de la latini-

Eva Duarte de Perón



Provincia de Buenos Aires, 7 de mayo de 1919; Buenos Aires, 26 de julio de 1952. Nace en el seno de una familia humilde, siendo la menor de cinco hermanos. A los 16 años viaja a Buenos Aires en busca de fama. En 1944 conoce al joven coronel Perón en un acto benéfico. Desde entonces y hasta su muerte en 1952 no se separará de él. En 1947 viaja a Europa, visita al papa Pío XII y la España de Franco. Un año más tarde crea la Fundación Eva Perón, a través de la cual encauza toda una política de asistencia social hacia los menos favorecidos. En octubre de 1951 apareció su libro *La razón de mi vida.* Poco tiempo después se le declara una enfermedad incurable que la llevará a la muerte el 26 de julio de ese mismo año. Símbolo de los desposeídos —sus queridos *descamisados*—, sus restos mortales fueron velados durante dos largas semanas, en las que ininterrumpidamente millares de hombres y mujeres dijeron su adiós a la *Abanderada de los pobres.* Su cuerpo fue embalsamado a la espera de ser depositado definitivamente en el mausoleo que construiría en su memoria. Durante el golpe de Estado de 1955, se dijo que los restos de Eva Perón habían sido *extraviados;* tiempo después se sabría que estaban enterrados en una localidad cercana a Milán bajo nombre supuesto. En septiembre de 1971 el cuerpo de Eva Duarte fue finalmente restituido a Perón.

Lo que queremos

Hemos establecido claramente cuáles son los grandes objetivos. En el orden económico, tratamos de obtener la independencia económica; nuestra palabra de orden es: PRODUCIR, PRODUCIR, PRODUCIR.

¿Para qué queremos la independencia económica? La queremos para reconquistar las fuentes de riqueza de la Nación a fin de repartirla entre los 16 millones de habitantes. ¿Para qué queremos el aumento de la riqueza? Para elevar el estándar de vida y dar cada día a la población un mayor bienestar económico y su perfeccionamiento moral. Es inútil hablarle al pueblo de valores espirituales o morales cuando está con apetito.

A la gente hay que hablarle cuando ha comido, porque el estómago, después del bolsillo, es la víscera más sensible que tiene el hombre. (Juan Domingo Perón, 29 de julio de 1947.)

dad, como cemento ideológico con el que forjar la nueva identidad latinoamericana. Su vocación americanista se mantuvo hasta el violento final de su segunda presidencia, época en la que intentó formalizar una suerte de unión aduanera, la Unión Latinoamericana, basada en la vinculación económica y en el entendimiento político en un momento que parecía propicio para ello, dadas las tendencias políticas de un número importante de gobiernos latinoamericanos. De igual manera, en noviembre de 1952 se constituía en México la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), una federación de sindicatos de varios países promovida por Perón.

Si América Latina fue uno de los referentes obligados de la política exterior peronista y de los principios de la *Tercera Posición,* las relaciones con Estados Unidos se constituyeron como otro de los ejes privilegiados de su acción internacional. En una primera etapa, las relaciones entre ambos países se vieron entorpecidas por lo que Estados Unidos consideraba como una actitud desafiante a su incuestionable hegemonía. La decisión del Gobierno argentino de reanudar relaciones con la Unión Soviética desató la aplicación de medidas punitivas por parte de la gran potencia. Así, fueron congeladas las reservas en dólares que Argentina tenía en Inglaterra y en Estados Unidos, y se la marginó del grupo de países proveedores de materias primas para el *Plan Marshall.* Más adelante, sin embargo, los cambios producidos en el Departamento de Estado norteamericano facilitaron el relajamiento de las tensas relaciones. En la Conferencia de Río de Janeiro, celebrada en 1947, en los momentos más álgidos de la guerra fría, se firmó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), que aseguraba una actuación militar conjunta en caso de ataque a un país del continente. Contrariamente a lo que había sido su postura, la delegación argentina acabó firmando el acuerdo, pero éste tardó tres años en ser ratificado por el Senado, y se hizo cuando Estados Unidos exigió su aprobación como condición para la concesión de un crédito de 125 millones de dólares solicitado por Buenos Aires.

La segunda etapa de las relaciones entre los dos países se caracterizó por el intento argentino de profundizar su vinculación comercial, lo que encontró serios inconvenientes. En esa misma época se celebró la Conferencia de Bogotá (1948), de la que saldría la Carta fundacional de la Organización de los Estados Americanos (OEA). Pese a que no fueron aprobadas todas las tesis argentinas, y aunque el país recuperó su postura crítica y desafiante ante el sistema impuesto, la delegación acabó firmando la carta.

La crisis económica

Finalmente, el último periodo de estas relaciones estuvo marcado por la crisis económica, que socavó las bases de la política exterior independiente de Argentina. En 1949, el Gobierno solicitó un crédito a la banca norteamericana y un año más tarde gestionaba otro con el Eximbank. No obstante la considerable reducción de su margen de maniobra, en 1952 Perón volvió a adoptar posturas críticas respecto a las peticiones de defensa hemisférica propuestas por Estados Unidos, y firmó nuevos convenios con la Unión Soviética en un claro alarde de independencia exterior.



Juan Domingo Perón durante una rueda de prensa a su regreso a Argentina. A la derecha, José López Rega

En 1949, el mismo año en que el Congreso aprobó la Constitución destinada a sentar las bases de la *Nueva Argentina,* comenzaron a sentirse con fuerza los primeros síntomas de una profunda crisis económica. La crisis, derivada del declive del sector exportador, era en gran medida resultado de la propia estrategia peronista. En primer lugar, sus políticas laborales y comerciales estaban teniendo unos efectos muy negativos sobre la productividad rural. Al fijar un salario mínimo campesino y fomentar la formación de sindicatos, las políticas laborales en el campo, empezando por el *Estatuto del Peón,* afectaron seriamente al costo y la disciplina de la mano de obra rural. En segundo lugar, la transferencia de ingresos desde el sector rural exportador hacia la industria a través del IAPI, que privó a los terratenientes de grandes ganancias en los años de la posguerra, redujo los incentivos para la inversión en el agro. De este modo, la producción agropecuaria se estancó. Finalmente, los aumentos salariales y los subsidios estatales permitieron que los trabajadores argentinos comenzaran a consumir la carne que antes se destinaba a la exportación. El consumo doméstico de ganado pasó del 69 por 100 del total sacrificado en 1938 al 87 por 100 en 1953, y ello tuvo mucho que ver con el espectacular hundimiento de las exportaciones, que cayeron en más de la mitad entre 1948 y 1952.

El problema, en esencia, era que las políticas económicas y sociales que impulsó el peronismo en los años cuarenta quebraron la lógica del estilo de desarrollo tradicional sin ser capaces de generar un modelo económico alternativo.

El crecimiento del nuevo sector industrial y del conjunto de la economía nacional continuó dependiendo de las divisas generadas por la oligarquía, de modo que ésta seguía conservando en sus manos la llave del desarrollo nacional. Si los terratenientes se negaban a modernizar sus fincas, la producción agropecuaria argentina sería insuficiente para atender la nueva demanda del mercado interno y mantener a la vez el flujo de exportaciones. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. La caída de las exportaciones privó al país de las divisas para adquirir las materias primas y los bienes de equipo necesarios para el desarro-



Perón y su esposa Isabel Martínez en 1973. La crisis económica que vivía Argentina dificultó su regreso

llo industrial, y derivó inmediatamente en una crisis general.

Enfrentado a una economía estancada y a crecientes limitaciones fiscales, Perón emprendió en su segunda presidencia una rápida marcha atrás en todos los aspectos de su programa inicial, acercándose a la aborrecida ortodoxia económica del liberalismo oligárquico. De entrada, impuso a los sindicatos una política de contención salarial que revirtió con creces las conquistas del período anterior. Así, en 1955 el salario real prometido había caído ya por debajo el nivel de 1946. Por otro lado, mientras mantenía en público su retórica nacionalista y antioligárquica, ofreció incentivos para fomentar la inversión de los capitalistas extranjeros y de los oligarcas locales. Sin embargo, todo fue en vano. Unos y otros desconfiaban tanto de las intenciones de Perón como de su capacidad para controlar en el futuro a las poderosas bases obreras de su movimiento. Prefirieron, por tanto, invertir en otro país.

El inicio de la recesión económica no había impedido que Perón ganara con claridad las elecciones del 11 de noviembre de 1951, obteniendo un 64 por 100 del total de los votos emitidos. Dos meses antes, una conjura militar encabezada por el general Benjamín Menéndez había intentado ya derrocarlo, sin éxito. Poco después, el coronel José F. Suárez organizó un nuevo golpe, también abortado por el gobierno. Tras su fracaso, y pese al evidente malestar de un importante sector de las fuerzas armadas, todo parecía indicar que las aguas habían vuelto a su cauce. En su *Mensaje de la Victoria* del Primero de Mayo de 1952, Perón leyó ante el Congreso un texto en el que recordaba las realizaciones más sobresalientes de su régimen y hablaba de la independencia económica, la economía social y la justicia, reafirmándose en sus convicciones originales. Sentía su triunfo, y así lo proclamaba. Había vencido dos intentonas militares y había ganado en los comicios por una abrumadora mayoría. Sólo la enfermedad de Eva empañaba su brillante porvenir. Ese mismo 1 de mayo por la tarde y en el acto convocado por la Central General de Trabajadores (CGT), *Evita* hablaría por última vez a la multitud allí congregada. Días más tarde, conscientes del fatal desenlace de la

enfermedad que la aquejaba, los peronistas presentaban un proyecto de ley por el que se la nombraba *Jefa Espiritual de la Nación.* El 26 de julio de 1952 moría Eva Duarte de Perón. Con *Evita,* la *Abanderada de los humildes,* desaparecía una de las imágenes más sacralizadas del peronismo. Se llegó a decir que la ausencia de Eva convertía a Perón en *cuchillo sin filo.*

La caída de Perón

A partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. La aguda crisis económica y las medidas impopulares que Perón se vio forzado a adoptar generaron un ambiente social y político enrarecido, en el que el peronismo intentó abrirse camino hegemonizando todos los ámbitos de la vida del país. Se endurecieron las medidas represivas contra la oposición política y se impusieron severas restricciones a la libertad de expresión. Más grave aún: los intentos de *peronizar* la enseñanza a todos sus niveles enfrentaron al Gobierno con los estudiantes y con la Iglesia católica. Esta había apoyado en 1946 la candidatura de Perón, que había respondido promulgando en marzo de 1947 una ley que instauró la enseñanza religiosa obligatoria en todas las escuelas públicas del país. Las primeras desavenencias entre el gobierno y el clero surgirían cuando el peronismo, tras la muerte de Eva, propuso que ésta fuese canonizada.

La jerarquía eclesiástica, por supuesto, no secundó el proyecto y a partir de ese momento se sucedió una serie de incidentes más o menos anecdóticos que escondían, en realidad, la profunda rivalidad entre ambos poderes por la hegemonía ideológica en la sociedad argentina. La Iglesia se convirtió progresivamente en catalizadora de un descontento que se extendía por capas cada vez más amplias de la población, y algunos actos religiosos (como la procesión de la Inmaculada Concepción de fines de 1954) adquirieron la apariencia de manifestaciones antiperonistas. Perón respondió con un ataque a las bases del poder social de la Iglesia, anulando la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas, retirando las subvenciones estatales a los colegios religiosos y anunciando medidas para legalizar el divorcio y la prostitución. En mayo de 1955 el conflicto alcanzó su cenit cuando el presidente anunció su deseo de introducir una enmienda constitucional para establecer la separación formal entre la Iglesia y el Estado. A continuación se produjeron las primeras detenciones de miembros del clero. El 11 de junio, la procesión del Corpus Christi congregó a 100.000 participantes, que caminaron silenciosamente por las calles de Buenos Aires portando la bandera papal.

A los cinco días de celebrada esta procesión, los sindicatos convocaron una manifestación en la plaza de Mayo en respuesta a la provocación de la Iglesia. Mientras los trabajadores se congregaban en la plaza, aviones de la Marina sobrevolaron el lugar, bombardeando la Casa Rosada y causando la muerte de cientos de personas. Los peronistas respondieron lanzándose a la quema de iglesias. Forzado por las circunstancias, Perón hizo un postrer intento de reconciliación. Tras levantar el Estado de sitio y la

Bandera de paz en el mundo

No fueron los ricos ni los poderosos los que comprendieron, sino los humildes. Es que los ricos y los poderosos han de tener el alma cerrada por la avaricia y por el egoísmo, mientras que los humildes duermen al aire libre y sus almas están siempre atentas a todas las cosas extraordinarias y ven con los ojos del alma, que ven mucho más lejos. Por eso fueron los humildes y los trabajadores los que comprendieron al general Perón, lo siguieron, lo siguen y lo seguirán, porque Perón es un símbolo, es una bandera, y todos los que luchamos por la felicidad, todos los que luchamos por la igualdad, todos los que luchamos por el Justicialismo, debemos seguirlo, porque él, en las horas inciertas de la humanidad, con un imperialismo capitalista y otro de izquierda que luchan por predominios económicos y políticos, levantó la bandera de la justicia y de la igualdad, la bandera del amor y la fraternidad, que es la única bandera de paz en todo el mundo. (Eva Perón, fragmento de un discurso pronunciado el 20 de febrero de 1952.)

La muerte de Perón en julio de 1974 inauguró la etapa más oscura y traumática de Argentina. Arriba, barrio marginal de Buenos Aires. Abajo, exhumación de cadáveres de desaparecidos en la época más trágica

censura de prensa, renunció a la dirección del Partido Peronista y proclamó el 15 de julio de 1955 el fin de la *Revolución Peronista* y su deseo de ser el presidente de *todos* los argentinos. Pero sus denodados intentos por pacificar los ánimos sólo consiguieron aumentar la fuerza de los opositores. Una nueva oleada de protestas le obligó a restaurar el estado de sitio y a acudir a una represión masiva. Mientras Perón amenazaba a sus oponentes con la célebre frase del *cinco por uno* (cinco muertos del enemigo por cada uno de los nuestros), se desató el rumor de que estaba madurando el plan de armar a los trabajadores para una posible guerra civil.

Los rumores y la espiral de violencia impulsaron finalmente el golpe militar. El 16 de septiembre de 1956 se produjeron levantamientos militares en Córdoba y en Bahía Blanca. El 19 de septiembre, y ante las amenazas del almirante Isaac Rojas, que controlaba Buenos Aires, Perón renunciaba a todos sus cargos y cedía el poder a una Junta Militar, refugiándose en un navío de guerra paraguayo. El 23 de septiembre el general Eduardo L. Lonardi (que había encabezado la sublevación en Córdoba) era investido presidente. El golpe de Estado agrupó una vez más a fuerzas muy heterogéneas que sólo tenían en común su repudio absoluto del peronismo. Liberales demócratas, católicos nacionalistas, terratenientes y pequeños campesinos, industriales y sectores de la derecha, el centro y la izquierda... Todos tenían algo que reclamar a un movimiento que a lo largo de casi una década en el poder había dañado, sin duda, demasiados intereses.

Tras su regreso al poder, Perón no tuvo dificultades para controlar a los sindicatos, pero la lealtad de éstos se limitaba sólo a la figura del Líder

Dieciocho años de espera

La insurrección cívico-militar que derrocó al Gobierno peronista inauguró una larga etapa de inestabilidad política que convirtió Argentina en un modelo de *sociedad ingobernable*. Tras la caída de Perón, la sociedad quedó dividida en dos campos rivales, cada uno con una interpretación exclusiva y sectaria del pasado y con un programa intransigente para el futuro. En el período comprendido entre 1955 y 1966 una serie de gobiernos precarios —civiles y militares— intentó instaurar un orden semidemocrático construido sobre la proscripción del peronismo. Los cabecillas del golpe de 1955 enarbolaron las banderas de la democracia y la libertad frente a un régimen peronista al que definieron como dictadura totalitaria, y prometieron restablecer el Gobierno parlamentario y el sistema de partidos.

En aquel momento muchos pensaban que una vez derrocado Perón y demostrado el carácter dictatorial de su régimen, las masas peronistas se integrarían en nuevos partidos y sindicatos, abandonando su fidelidad al *Líder*. Lo que ocurrió, sin embargo, fue algo muy distinto, ya que el peronismo no sólo sobrevivió a la caída de su aparato de Gobierno sino que acrecentó continuamente su poder de atracción sobre los sectores populares. Entre un tercio y la mitad de los ciudadanos argentinos continuó identificándose invariablemente con el proscrito peronismo, y en esas condiciones resultaba claro que la democracia sin Perón estaba condenada a ser un sistema vacío, incapaz de expresar y canalizar las demandas de las fuerzas sociales del país. En estas condiciones, el movimiento peronista, excluido de la escena política, continuó actuando, articulando alrededor de los poderosos sindicatos obreros, como un amplio movimiento de oposición capaz de desestabilizar a todos los gobiernos, bloqueando sus programas económicos y poniendo en duda su pretendida vocación democrática.

A partir de 1966 las fuerzas antiperonistas ensayaron una nueva fórmula, intentando superar la inestabilidad crónica de la democracia restringida. Tras el golpe de Estado del 28 de junio, el general Onganía aseguró que permanecería indefinidamente en el poder, declaró el inicio de la *Revolución Argentina* y suspendió *sine die* las actividades del Parlamento y de todos los partidos políticos. El Gobierno de Onganía dictó una serie de medidas legales que debilitaron profundamente a los sindicatos peronistas, derrotó fácilmente una huelga general, y durante un par de años pareció haber encon-

Un soldado patrulla las calles de Buenos Aires ante un cartel con la imagen de Perón. Abajo, Isabel Martínez rodeada de incondicionales en su agitado mandato que concluyó con el golpe militar de 1976

trado una fórmula política capaz de impulsar sin sobresaltos su proyecto de modernización de la economía argentina. Pero el espejismo se desvaneció muy pronto.

El programa económico desarrollista emprendido por el Gobierno atentó contra demasiados intereses, y el rígido autoritarismo militar promovió el desarrollo de un amplio proceso de cuestionamiento de las jerarquías en todos los niveles de la sociedad civil. La insurrección popular de 1969, que culminó en el famoso *Cordobazo,* unió a empleados y obreros, estudiantes y grupos populares empobrecidos en un gigantesco episodio de protesta espontánea que reflejó el absoluto aislamiento del Estado frente a la sociedad. El hecho más llamativo es que estos acontecimientos se produjeron en un



Rueda de prensa de Horacio Mendizábal celebrada clandestinamente en Buenos Aires en el año 1976

Los Montoneros

Organización guerrillera argentina creada en 1969 al calor de las movilizaciones populares contra el Gobierno militar de Onganía. Su nombre recuerda a los guerrilleros gauchos de las guerras de independencia. De ideología antiimperialista y admiradores de la revolución cubana, en 1970 realizan su primera acción, secuestrando y ejecutando al ex presidente Aramburu. Se sumaron con sus tácticas guerrilleras a la ofensiva peronista para recuperar el poder, recibiendo pleno apoyo de Perón.

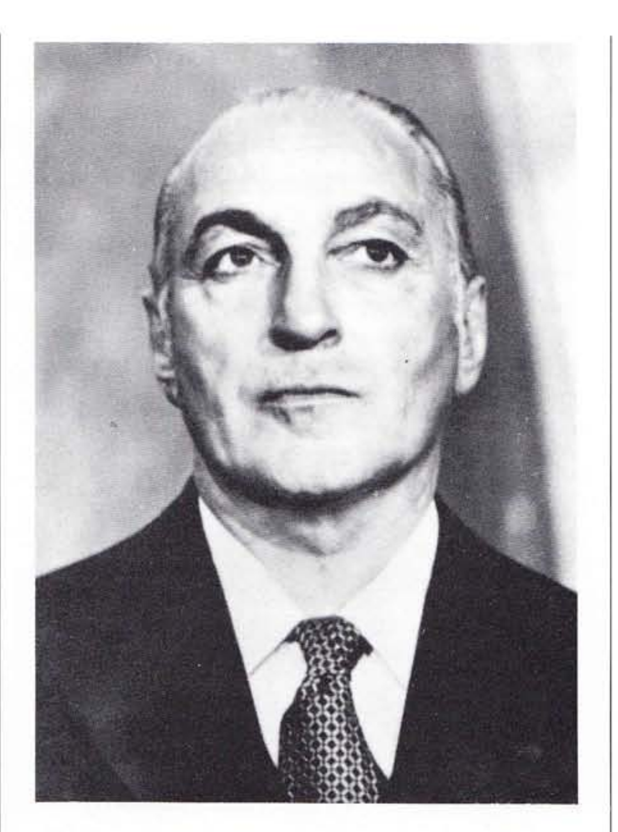
Lucharon por convertir al peronismo en un movimiento revolucionario y no dudaron en asesinar a dirigentes de la derecha peronista, a los que consideraban traidores. La ideología de sus líderes, entre los que cabe destacar a Mario Firmenich y a Horacio Mendizábal, no fue homogénea, y oscilaba, al menos en sus orígenes, desde el nacionalismo católico hasta la extrema izquierda. Durante la presidencia de Cámpora abandonaron la clandestinidad y alcanzaron una gran influencia en el Gobierno. En 1974 Perón les atacó llamándoles imberbes *y estúpidos. Terminaron rompiendo abiertamente con su líder, y se enfrentaron con las armas al Gobierno de* Isabel *y a los Gobiernos militares a partir de 1976.*

momento de éxito económico, y ello obliga a buscar el origen del fracaso del experimento de Onganía en un proceso mucho más profundo, cuyas consecuencias no se revelarían plenamente hasta el inicio de la década de los setenta: la emergencia de una crisis social, cultural y política a través de la cual la sociedad avanzaba sobre el Estado y amenazaba con desbordarlo progresivamente.

La situación de desborde amenazaba a todas las instituciones (desde la Universidad, sede de un activo movimiento estudiantil, a los sindicatos, en cuyo seno surgieron fuertes corrientes democratizadoras que desafiaban la autoridad de la *burocracia sindical* peronista) y se expresó en una sucesión de revueltas populares en diversas ciudades que siguieron la estela del *Cordobazo.* Pero su manifestación más espectacular fue, sin duda, el desarrollo de un nuevo tipo de violencia, de características inéditas en la sociedad argentina. En 1970 entraron en escena los *Montoneros,* una guerrilla urbana formada por jóvenes peronistas que inauguró sus actividades en junio con el espectacular secuestro del general Aramburu, y ese mismo año el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de filiación trotskista, lanzó su campaña guerrillera en el norte del país. De inmediato, aparecieron grupos terroristas de extrema derecha que comenzaron a secuestrar y asesinar a dirigentes sindicales y militantes políticos, iniciando la siniestra dialéctica de la *guerra sucia.*

Perón y la reconciliación nacional

En este contexto, los militares dedicaron todos sus esfuerzos a buscar una *salida* institucional capaz de poner freno al creciente desorden, que ahora estaba además acompañado por un amenazante deterioro económico. El general Lanusse intentó contener la protesta social espontánea y violenta devolviendo su espacio a las instituciones marginadas por la *Revolución Argentina* de Onganía: fortaleció a la CGT peronista, que debería canalizar el descontento de los sectores populares; anunció su voluntad de convocar elecciones y llamó a los partidos políticos a unirse en un *Gran Acuerdo Nacional* para luchar contra la subversión. Terminó reconociendo que cualquier institucionalización de la vida política nacional era imposible sin la incorporación del peronismo, y lo que hasta entonces era algo impensable se hizo realidad: el Partido Justicialista podría presentarse a las elecciones.



José López Rega, promotor de la terrible **Triple A**

Tras dieciocho años de espera, había llegado de nuevo la hora de Perón, exiliado en Madrid. Una gran coalición de fuerzas sociales heterogéneas reclamaba su vuelta, y sólo él parecía tener en sus manos las claves para superar la crisis general en que se debatía el país. El desafío era enorme. El peronismo era en 1973 un inmenso espejo roto en cuyos fragmentos todos los grupos enfrentados intentaban encontrar su propia imagen. Sus bases obreras tradicionales, representadas por la poderosa burocracia sindical, junto con el empresariado nacional que se había beneficiado con sus políticas proteccionistas, invocaban al general esperando restablecer la coalición social del primer peronismo. Pero también invocaba a Perón la gran mayoría de la juventud radicalizada embarcada en actividades guerrilleras, que reclamaba al viejo caudillo populista la instauración de un *socialismo nacional,* grupos políticos filofascistas afines al terrorismo de extrema derecha e importantes sectores de la clase media independiente,

que habían manifestado una hostilidad secular hacia su movimiento y que en 1973 lo veían como la única apuesta capaz de generar un orden legítimo y estable.

En las elecciones de marzo de 1973 la alianza peronista encabezada por Héctor Cámpora, el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), obtuvo casi el 50 por 100 de los votos emitidos. Esta contundente victoria electoral, que resulta aún más llamativa si se tiene en cuenta el escaso carisma del candidato designado y la división de las candidaturas peronistas en varios distritos, otorgó una gran legitimidad inicial al nuevo Gobierno y confirmaba que los intentos para erradicar el peronismo de la sociedad argentina habían tenido un efecto contrario al esperado. El peronismo parecía tener en 1973 una convocatoria aún más amplia que en la década de los cuarenta y retornaba al poder en un ambiente de euforia colectiva.

Sin embargo, muy poco después de la investidura de Cámpora comenzaron a revelarse las consecuencias más negativas de la evolución reciente del movimiento, con el estallido de una lucha abierta entre los dirigentes sindicales de la derecha peronista y los Montoneros. Estos últimos salieron de la clandestinidad, adquiriendo un control absoluto dentro de la Juventud Peronista y una gran influencia sobre el Gobierno, que no quiso ni pudo evitar la liberación de todos los presos políticos de la cárcel de Villa Devoto, muchos de ellos terroristas convictos, ni las ocupaciones masivas de fábricas e instituciones públicas. Pero si la tormentosa presidencia de Cámpora abundó en hechos premonitorios de lo que iba a ocurrir después, el más trágico y cargado de significados fue sin duda la matanza del aeropuerto de Ezeiza. La concentración de 400.000 peronistas para celebrar el retorno de su líder terminó en una sangrienta batalla entre los Montoneros y grupos armados de la derecha peronista que arrojó un saldo de 200 muertos y más de 100 heridos.

Perón murió el 1 de julio de 1974 y nunca sabremos si hubiera sido capaz de enfrentar los problemas económicos que se avecinaban

La dimisión de Cámpora y la convocatoria de nuevas elecciones en septiembre de 1973, que ganó Perón con una abrumadora mayoría (61 por 100), parecía abrir la posibilidad de que las aguas retornaran a su cauce. El 17 de octubre, en el 28 aniversario de las jornadas de 1945, Perón iniciaba su tercer mandato presidencial con un mensaje que ponía todo el énfasis en la reconciliación nacional, en la inauguración de una nueva fase en la historia política argentina basada en el consenso entre los actores políticos y sociales. En cuanto a estos últimos no había nada nuevo: se trataba de rearticular los acuerdos entre las organizaciones de obreros y empresarios, que esta vez firmaron un *Pacto Social* sobre precios y salarios que debía reducir la inflación y sentar las bases de la recuperación económica. Pero en el ámbito de sus relaciones con los actores políticos Perón diseñó una estrategia radicalmente distinta de la que había aplicado en sus dos primeros gobiernos, dirigida a restituir al Parlamento como ámbito de negociación política y a promover abiertamente la cooperación con los partidos políticos opositores para consolidar las instituciones de la democracia representativa. El hecho más espectacular producido en este terreno fue su reconciliación histórica con Balbín, el líder de los radicales, que fue posible tanto debido a la nueva actitud de Perón como por el hecho de que los radicales habían terminado comprendiendo que la democracia sólo podía alcanzarse si se integraba plenamente al peronismo en la vida política, abandonando la proscripción impuesta por los militares desde 1955.

Divisiones internas

Pero el proyecto de reconciliación nacional y pacificación de la política nunca levantó el vuelo. De entrada, encontró resistencias insuperables en la conducta de amplios sectores del propio movimiento peronista que habían reforzado de hecho en los últimos años el componente autoritario, contrario a la negociación política, que parecía haber abandonado Perón en su retorno al poder. Es fácil pensar que Perón, confiado en el enorme peso de su carisma sobre las masas argentinas, subestimó la importancia de las divisiones que existían en el seno de su movimiento. Estas divisiones, originadas ya























¿Quién ha dicho que en España no se leen periódicos?

Diario 16 cada vez se lee más y en más sitios diferentes. Es lógico. Cuando un periódico está donde se producen las noticias, la información es mucho más cercana, detallada e interesante.

Una idea del periodismo que pensamos llevar hasta el último rincón.



en la indefinición ideológica del primer peronismo, se habían profundizado en los años de la proscripción y exilio de Perón, que no sólo nunca se había preocupado demasiado por construir una identidad homogénea a su movimiento, sino que en muchos casos alentó el desarrollo de corrientes laterales de extrema izquierda y extrema derecha para fortalecer su posición personal.

El ala izquierda, encabezada por los Montoneros, interpretaba al peronismo como *una forma de socialismo,* y se convirtió en un auténtico movimiento generacional, al confluir con un renovado activismo estudiantil y sindical y con el desarrollo de tendencias revolucionarias en el seno de las comunidades eclesiásticas de base. Partiendo de los escritos de John William Cooke, que en los primeros años sesenta había intentado en vano arrancar a Perón una definición revolucionaria marxista, e influidos por la experiencia de la revolución cubana, que parecía haber demostrado que el único sistema eficaz para derrotar al ejército convertido en partido era convertir al partido en milicia armada, los Montoneros emprendieron una lucha que no se detuvo con el retorno del peronismo al poder.

En contraste con la enorme atracción que ejerció la interpretación izquierdista del peronismo en el contexto ideológico de los primeros años setenta, la extrema derecha era un sector muy minoritario y carente de cualquier base social, pero a través de López Rega, secretario personal de Perón, alcanzó una enorme gravitación en los resortes centrales del poder político. Ambos grupos diseñaron desde el principio proyectos excluyentes y violentos, incompatibles de principio con la línea de conciliación que había planeado Perón. Los Montoneros no dudaron en dirigir la lucha armada contra sus enemigos dentro del propio movimiento peronista, atribuyéndose la tarea de depurarlo de elementos *traidores,* y en septiembre de 1974 asesinaron a José Rucci, secretario general de la CGT. Los elementos del entorno de López Rega, por su parte, crearon la Alianza Anticomunista Argentina —*Triple A*—, una organización terrorista de ultraderecha que comenzó a actuar en noviembre de 1973 y a principios de 1974 inició una extensa campaña de secuestros y asesinatos de militantes izquierdistas.

Fragilidad de las bases

Las bases del *Pacto Social* también eran bastante frágiles, ante todo debido a la ambigua relación del peronismo en tanto que movimiento político y sus bases sindicales. El peronismo adoleció siempre de un nivel de institucionalización muy bajo, y las relaciones entre el movimiento político y la clase obrera sindicalizada giraron casi exclusivamente en torno a la autoridad personal y directa de Perón. Durante los años de la proscripción del peronismo, los sindicatos se convirtieron en los únicos portadores institucionales de la identidad política de los trabajadores y tendieron cada vez más a pensarse como los únicos representantes legítimos del movimiento peronista. Sus dirigentes pudieron incluso desarrollar estrategias políticas propias, desafiando en ocasiones las directivas de Perón, cuya figura ausente pasó a cumplir un papel esencialmente simbólico. Tras su vuelta al poder, sin embargo, Perón no tuvo dificultades para controlar a los sindicatos, pero la lealtad de éstos se limitaba exclusivamente a la figura del *Líder,* cuya autoridad era la única que decían reconocer.

Gobiernos peronistas en la Argentina, 1946-1994

Juan D. Perón	*junio 1946-marzo 1952/marzo 1952-septiembre 1955*
Héctor Cámpora	*mayo 1973-julio 1973*
Raúl Lastiri	*julio 1973-noviembre 1973*
Juan D. Perón	*noviembre 1973-julio 1974*
Estela Martínez de Perón	*julio 1974-marzo 1976*
Carlos Saúl Menem	*julio 1989*

General Jorge Videla, presidente de Argentina tras el golpe de Estado que derrocó a Isabel Perón en 1976. La dictadura militar acabó con las libertades democráticas y el Parlamento (abajo) dejó de funcionar

Es evidente que la sociedad argentina atravesaba por una crisis muy profunda, y podrían señalarse muchos factores que hubieran dificultado en cualquier caso el éxito del proyecto de Perón en 1973. La latencia de conflictos distributivos en un entorno económico que ya no era propicio para los experimentos populistas hacía prever problemas en la relación del Gobierno con los sindicatos. Por otro lado, la división ideológica del movimiento había degenerado en una espiral de enfrentamientos que parecía irreversible. En la concentración peronista del Primero de Mayo de 1974 las columnas de la Juventud y los Montoneros habían abandonado la plaza, dejándola medio vacía, después de escuchar cómo su *Líder* les atacaba con una inusitada dureza, llamándoles *imberbes y estúpidos*. Perón murió un mes después, el 1 de julio de 1974, y nunca sabremos si hubiera sido capaz de enfrentar los problemas económicos que se avecinaban y mantener bajo ciertos límites los conflictos entre las fuerzas sociales y los sectores ideológicos de su movimiento. En cualquier caso, falleció en un momento de relativa concordia, aceptado como autoridad legítima por un amplio sector de la opinión pública. A partir de su muerte, Argentina se hundió en una situación de caos y violencia política sin precedentes en toda la anterior historia del país.

En 1989, los argentinos, atrapados en una hiperinflación sin precedente, otorgaron su voto mayoritario a Carlos Saúl Menem

Caos y violencia política: de Isabel al «proceso»

La muerte de Perón inauguró la etapa más oscura y traumática de la historia del peronismo. Su ruptura con la juventud radicalizada no había hecho sino reflejar la absoluta incompatibilidad que existía entre las dos corrientes que promovieron el retorno del peronismo al Gobierno: la que se desarrolló en el período de movilizaciones iniciado en 1969, que apuntaba a la ruptura del orden político en nombre del populismo revolucionario, y la que respondía a las consignas distribucionistas y nacionalistas del peronismo histórico. Con su aproximación a los sindicatos, el discurso del Primero de Mayo y su intervención en el Congreso del Partido Justicialista a fines del mismo mes, Perón pareció haber resuelto la crisis de identidad que atravesaba el movimiento, desautorizando a los jóvenes revolucionarios y exigiendo a los militantes una aceptación incondicional de la doctrina justicialista, tal como él la había descrito en *La comunidad organizada*.

Sin embargo, una vez expulsada la juventud revolucionaria permanecían aún en la escena grupos con proyectos contradictorios y excluyentes dispuestos a imponer su propia interpretación del ambiguo *legado de Perón*. A lo largo del breve mandato presidencial de su tercera esposa, *Isabel* Martínez de Perón, la confrontación entre las restantes fracciones peronistas produjo una rápida desintegración del movimiento en medio de una espiral de violencia y desorden, que desembocó en el golpe militar de 1976.

Isabel logró conservar una cierta autoridad sobre el movimiento apelando a los sustratos más emocionales del peronismo, convirtiendo su nombre en sinónimo de la unidad y de la voluntad del líder desaparecido. En contra de lo que muchos habían esperado, la presidenta no se situó como figura mediadora entre los grupos en pugna, sino que adoptó una postura militante, apoyando incondicionalmente al sector derechista de López Rega. En unos meses, hasta septiembre de 1974, el grupo de *Isabel* y López Rega se entregó a desmontar los restos del esquema de pactos que había construido Perón, marginando del Gobierno a los ministros no peronistas y alejándose de los partidos de oposición y de los líderes sindicales. La extrema derecha acabó así hegemonizando por completo el proceso de toma de decisiones en el nivel central, y se dispuso a aplicar un programa fuertemente autoritario en lo político y antilaboral en lo económico. López Rega pretendía, en primer lugar, eliminar la subversión y la infiltración izquierdista en las universidades, y para ello no dudó en promover las acciones terroristas de la *Triple A*, que a principios de 1975 asesinaba o secuestraba a una media de cincuenta izquierdistas por semana. En respuesta, la juventud acentuó su radicalización y los

Los presidentes Alfonsín y Felipe González firman un acuerdo de cooperación durante una visita del primero a España (arriba). El matrimonio Menem saluda desde la Casa Rosada, Buenos Aires, 1989

Carlos Saúl Menem



La Rioja, 2 de julio de 1930. Hijo de una familia de emigrantes sirios, estudió Leyes en la Universidad de Córdoba, graduándose en 1955. En las elecciones de 1973 fue elegido gobernador de La Rioja, hasta que el golpe militar de 1976 le destituyera y encarcelara. A la vuelta de la democracia sería elegido nuevamente como gobernador de la provincia, su feudo político. Surgió como candidato peronista a las elecciones de 1989, en las que derrotó a su contrincante, el radical Eduardo Angeloz. En julio de ese año tomó posesión como presidente de la República, proyectando una política económica neoliberal que generó tensiones en su propio partido y en las filas de la CGT. Su decisión de poner fin a la delicada cuestión militar mediante leyes que en la práctica suponían una amnistía total a los miembros de las Juntas Militares, condenados por la violación de los derechos humanos, renovó las protestas populares y reactivó la acción de las Madres de la Plaza de Mayo. Su actual ministro de Economía, el doctor Domingo Cavallo, se ha convertido en el miembro más prestigioso del Gabinete al conseguir parar un proceso inflacionario endémico. Actualmente, su partido intenta reformar la Constitución para permitirle un segundo mandato.

Montoneros, nuevamente en la clandestinidad desde septiembre de 1974, intensificaron su lucha armada, y la espiral de violencia aumentó día a día. En segundo lugar, el gobierno estaba decidido a emprender una política económica de apertura total al capital extranjero y de restricciones salariales, abandonando por completo la línea reformista y nacionalista. Resultaba evidente que para llevar adelante su programa necesitaría del apoyo de los militares, indispensable para derrotar la segura oposición de los poderosos sindicatos, y no cabe duda de que el derechista López Rega hizo todo lo que pudo por obtenerlo.

Todos esperaban el lanzamiento de una política económica antilaboral, pero la dimensión del paquete de austeridad que finalmente anunció en mayo de 1975 el nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, sorprendió incluso a los más pesimistas. El brutal giro en la política económica y la apertura del Gobierno hacia los grandes negocios conmovió las tradiciones reformistas y populares del peronismo, y se presentó como un desafío abierto a los mismos sindicatos que Perón había descrito como la *columna vertebral* de su movimiento. Los líderes sindicales no tuvieron más remedio que movilizarse para defender su posición y salvar lo que ellos y sus bases obreras entendían que era la identidad histórica del movimiento, convocando la primera huelga general obrera de la historia del peronismo. Los militares y el gran capital no dieron ninguna señal de apoyo al Gobierno, pese a que el paquete económico estaba destinado a complacerles, y el conflicto se resolvió a favor de los sindicatos: Rodrigo dimitió y el grupo de López Rega fue desplazado de las esferas de poder.

Muy pronto se revelaría que el abandono de López Rega por parte de los militares y los empresarios respondió a un plan calculado que buscaba el hundimiento definitivo del peronismo. A partir de julio de 1974, el Gobierno peronista, dominado ahora por la CGT, fue incapaz de atender simultáneamente a las exigencias de controlar la crisis económica y satisfacer las aspiraciones de las masas obreras. Los capitalistas sabotearon sistemáticamente la política económica gubernamental, fomentando el desarrollo de las contradicciones internas del peronismo en unas condiciones de crisis que tornaban imposible aplicar políticas distributivas sin agravar la inflación. En este contexto, el gobierno peronista fue incapaz de controlar las pugnas entre empresarios y trabajadores. La autoridad del Estado se hundió por completo, mientras el país ingresaba en un escenario marcado por el creciente caos económico y el continuo ascenso de la violencia de la guerrilla izquierdista y del terrorismo de extrema derecha.

En sólo tres años, los peronistas habían disipado por completo la enorme credibilidad que les dio su abrumador triunfo en las

elecciones más democráticas de la historia argentina. Cuando en marzo de 1976 los militares salieron de nuevo de los cuarteles para tomar el poder contaron con el apoyo de sectores importantes de la población que, cansados del caos y la incertidumbre, exigían un *Gobierno fuerte.*

Carlos Menem y el «peronismo neoliberal»

En las elecciones del año 1983, los peronistas pagaron su caótica gestión gubernamental de 1973-76 y la ambigua actitud de alguno de sus sectores durante los gobiernos militares, con la primera derrota electoral de su historia. Pero el Gobierno radical de Raúl Alfonsín fue incapaz de enfrentarse al problema militar y, ante todo, a la formidable crisis económica que recibió como herencia de cuatro décadas de experimentos fallidos. En 1989, los argentinos, atrapados en una hiperinflación sin precedente en la historia nacional, otorgaron su voto mayoritario al candidato peronista Carlos Saúl Menem.

Nada más hacerse cargo del Gobierno, el nuevo presidente inició una política económica neoliberal apoyado por los mismos grupos de poder que habían encabezado la oposición a Perón. El programa de Menem parecía contradecir de plano el núcleo de la tradición histórica del movimiento, y generó pronto un debate sobre el significado de la relación entre el peronismo y el *menemismo.* Sin embargo, como hemos visto en las páginas precedentes, la práctica peronista ha sido lo suficientemente heterogénea como para hacer imposible la identificación de un peronismo *auténtico.* Por el momento, lo único cierto es que Carlos Menem ha logrado mantener la fidelidad de un segmento mayoritario de las bases peronistas a pesar del elevado coste social de sus políticas liberales y privatistas. Tras el episodio hiperinflacionario del Gobierno de Alfonsín, los argentinos deseaban ante todo estabilidad económica, y estaban dispuestos a pagar cualquier precio por ella. Por tanto, el espectacular éxito que obtuvo el nuevo presidente en la contención de la inflación relegó inicialmente cualquier otra posible consideración.

Todavía hoy, mientras prepara una reforma constitucional que le permitirá presentarse a la reelección, Menem continúa manteniendo unos niveles muy altos de popularidad. Sin embargo, la consolidación del nuevo peronismo (y con él la de la democracia argentina) dependerá de la capacidad de su estrategia neoliberal para elevar los niveles de bienestar colectivo. El Gobierno de Menem deberá demostrar que la estabilidad económica conquistada derivará en más trabajo, salud, educación y justicia para las mayorías y que las demandas sociales postergadas en nombre de la estabilidad serán satisfechas en el futuro.

BIBLIOGRAFIA

Buchrucker, C., *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955,* Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Di Tella, G., *Perón-Perón, 1973-1976,* Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

Escude, C., *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949,* Buenos Aires, Belgrano, 1983.

Fayt, C., *La naturaleza del Peronismo,* Buenos Aires, Pannedille, 1967.

Fraser, N. y Navarro, M., *Eva Perón. La verdad de un mito,* Buenos Aires, Bruguera, 1982.

Luna, F., *El 45. Crónica de un año decisivo,* Buenos Aires, ed. Sudamericana, 1971.

Luna, F., *Perón y su tiempo,* 3 vol., Buenos Aires, ed. Sudamericana, 1986.

Martínez, T. E., *La novela de Perón,* Buenos Aires, Sudamericana, 1985.

Matsushita, H., *Movimiento obrero argentino, 1930-1945: sus proyecciones en la historia del peronismo,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1983.

Miguens, J. E. y Turner, F. C. (comps.), *Racionalidad del peronismo,* Buenos Aires, Planeta, 1988.

Murmis, M. y Portantiero, J. C. (compo.), *Estudio sobre los orígenes del peronismo,* 2 vol., Buenos Aires, Siglo XXI, 1971-1973.

Navarro Gerassi, M., *Los nacionalistas,* Buenos Aires, Jorge Alvarez, editor, 1968.

Potash, R., *El ejército y la política en la Argentina,* 2 vol., Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. (Obra clave para comprender todo el periodo.)

Sigal, S. y Verón, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista,* Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.

Winia, G., *La Argentina de posguerra,* Buenos Aires, Belgrano, 1986.

CUIDA el Ozono

